

# EL MUNDO YA NO ESTÁ EN CRISIS: ESTÁ CAMBIANDO DE SISTEMA

*“Las tensiones energéticas, la fragmentación política y la inestabilidad global no son eventos aislados, sino señales de una transformación estructural del sistema internacional.”*

Por Salvador G. Briceño

Serie: Claves geopolíticas del día

[Centro de Geopolítica y Multipolaridad]



El mundo se fractura, pero sigue su curso: cambia de rumbo. Durante décadas, la categoría dominante para interpretar el escenario internacional fue la de “crisis”. Crisis energéticas, crisis financieras, crisis geopolíticas. Sin embargo, insistir hoy en ese marco interpretativo no solo resulta insuficiente: puede ser francamente engañoso. Lo que presenciamos no es una suma de disrupciones coyunturales, sino una **mutación estructural del sistema internacional**. No estamos ante una crisis del orden, sino ante el agotamiento de un orden y la emergencia —todavía incompleta, pero pujante— de otro.

El punto de inflexión se encuentra, como en otras transiciones históricas, en la energía. La persistente tensión entre Estados Unidos e Irán, con el Estrecho de Ormuz como eje de gravedad, no constituye simplemente un foco de inestabilidad regional. Es la expresión concentrada de una disputa por el control de los flujos energéticos que sostienen la economía global. En términos sistémicos, no se trata de quién gana una confrontación, sino de quién condiciona la circulación de los recursos que hacen posible el funcionamiento del sistema.

En ese mismo registro debe leerse la salida de Emiratos Árabes Unidos de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Más que una decisión técnica, revela la erosión de uno de los últimos dispositivos de coordinación global en materia energética. Lo que durante décadas operó como un mecanismo relativamente eficaz de regulación, comienza a fracturarse bajo la presión de intereses nacionales divergentes. La consecuencia no es menor: el paso de un esquema de contención a uno de competencia abierta, donde la volatilidad deja de ser una anomalía para convertirse en norma.

Paradójicamente, este proceso de desarticulación no se refleja aún con toda su magnitud en los mercados financieros. La coexistencia de precios elevados del petróleo con bolsas en ascenso, sugiere una disonancia entre la realidad material del sistema y las expectativas que la interpretan. En el fondo, subsiste una hipótesis tácita: que Estados Unidos conserva la capacidad de arbitrar los conflictos y garantizar, en última instancia, la estabilidad. Pero esa premisa, que durante décadas funcionó como ancla del orden global, empieza a mostrar signos de fatiga.

La propia consistencia del bloque occidental ofrece indicios en esa dirección. Las tensiones entre aliados tradicionales no son meramente circunstanciales; evidencian una pérdida progresiva de cohesión estratégica. Occidente ya no actúa como un sujeto unificado, sino como una constelación de actores con agendas crecientemente disímiles. Esta fragmentación interna limita su capacidad de intervención en un momento en que el sistema internacional exige definiciones más claras y coordinadas.

Fuera de ese núcleo, las dinámicas no son menos reveladoras. En América Latina, el recrudecimiento de la violencia en países como Colombia expone la persistencia de estructuras paralelas de poder, vinculadas a economías ilícitas que erosionan la autoridad estatal. No se trata únicamente de un problema de seguridad, sino de un síntoma de mayor alcance: la dificultad de ciertos Estados para sostener el monopolio efectivo del control territorial en contextos de alta presión sistémica. Tras largos años de coloniaje, intervencionismo y sumisión paralela de los gobiernos locales.

Simultáneamente, Medio Oriente reafirma su condición de epicentro geopolítico, pero bajo una lógica distinta a la de ciclos anteriores. Las operaciones que involucran a Israel, Líbano y Gaza apuntan a una expansión del conflicto más allá de marcos tradicionales, con un potencial de regionalización que incrementa la

incertidumbre, primero local y luego global, geopolítico de todas todas. Cada desplazamiento en ese tablero repercute no solo en términos militares, sino también en la estabilidad de rutas comerciales y cadenas de suministro. Esto es lo que ha convertido a este conflicto regional en mundial y cuyas secuelas ya se están sintiendo en desabasto, inflación y precios.

Es en este punto donde la geopolítica revela su dimensión más concreta o ampliada. Las tensiones en corredores estratégicos no permanecen en el ámbito abstracto de la diplomacia o la estrategia: se traducen en presiones inflacionarias, en alteraciones del suministro alimentario y en tensiones sociales en regiones particularmente vulnerables. La distancia entre lo cotidiano y lo global se acorta, y con ella se redefine el impacto político de los conflictos.

Europa, en este contexto, aparece como uno de los espacios más expuestos. Su dependencia energética y su limitada capacidad de maniobra estratégica la sitúan en una posición de vulnerabilidad frente a dinámicas que no controla plenamente. Más que actor decisivo, corre el riesgo de convertirse en escenario de ajuste de tensiones externas, con costos económicos y políticos significativos.

A ello se suma un elemento frecuentemente subestimado: la creciente incidencia de la política interna estadounidense en su proyección internacional. Las tensiones domésticas no solo condicionan decisiones de política exterior, sino que introducen un factor adicional de incertidumbre en un sistema que, durante décadas, se estructuró en torno a una relativa previsibilidad de su liderazgo.

El cuadro que emerge de esta convergencia no puede describirse adecuadamente en términos de crisis. Lo que está en juego es una reconfiguración del sistema internacional hacia un esquema más claramente multipolar, caracterizado por la competencia entre bloques, la fragmentación de los mecanismos de gobernanza global y la creciente centralidad de variables estratégicas como la energía y la seguridad. Un proceso en el que Occidente —con Estados Unidos al frente— ha desempeñado un papel central.

En ese contexto, la pregunta relevante no es qué evento dominará la agenda en el corto plazo. La cuestión de fondo es quién está interpretando correctamente la dirección del cambio. Porque en los momentos de transición sistémica, la ventaja no reside únicamente en la acumulación de poder, sino en la capacidad de comprender —antes que otros— que las reglas que organizaban ese poder han dejado de ser las mismas. Aquellas de la Guerra Fría.

En ese contexto, la pregunta relevante no es qué evento dominará la agenda en el corto plazo. La cuestión de fondo es quién está interpretando correctamente la dirección del cambio. Porque en los momentos de transición sistémica, la ventaja no reside únicamente en la acumulación de poder, sino en la capacidad de comprender —antes que otros— que las reglas que organizaban ese poder han dejado de ser las mismas.

Y ese proceso apenas comienza. (24 04 2026).

**Fuentes:** La Jornada, Cadena SER, Cinco Días, El País, Infobae, World Economic Forum.